

UN FUTURO HOGAR  
PARA EL DIOS VIVIENTE  
Louise Erdrich

Siruela Nuevos Tiempos



El mundo tal y como lo conocemos toca a su fin. El proceso evolutivo ha empezado a retroceder y la ciencia es incapaz de detener el mecanismo de involución genética por el que, una tras otra, todas las mujeres están dando a luz niños similares a los de las especies más primitivas del ser humano. Cedar Hawk Songmaker, hija adoptiva de una pareja de Minneapolis, tiene sobrados motivos para preocuparse: está embarazada de cuatro meses. Por eso siente además la imperiosa necesidad de conocer a su madre biológica, una india ojibwe, para indagar tanto sobre sus propias raíces como sobre el futuro bebé que está en camino.

Y mientras Cedar bucea en el misterio de su origen, la sociedad a su alrededor se precipita vertiginosamente hacia el abismo, enloquecida por el incontrolable pánico a la extinción: ley marcial, delaciones y violencia, calles rebautizadas con nombres bíblicos, mujeres en estado desaparecidas...

La visionaria y escalofriante distopía «Un futuro hogar para el dios viviente», que es a la vez un atrevido interrogante sobre lo femenino, la maternidad y la libertad de elección, supone un auténtico «tour de force» en la trayectoria de una de las escritoras estadounidenses más prestigiosas de la actualidad.

*El Verbo es vida, ser, espíritu, todo lo que  
reverdece, toda creatividad. El Verbo se  
manifiesta en cada criatura.*

HILDEGARDA DE BINGEN (1098-1179)

*A Gokomisinam Kiiz,  
Espíritu de lucha de mis días.*

## 7 DE AGOSTO

Si te digo que mi nombre de mujer blanca es Cedar Hawk Songmaker<sup>[1]</sup>, que soy hija adoptiva de un matrimonio liberal de Minneapolis y que, cuando decidí ir en busca de mis padres ojibwes y descubrí que mi nombre de nacimiento era Mary Potts, oculté esa información, puede que lo comprendas. O puede que no. Lo escribiré de todos modos, porque las cosas han cambiado desde la semana pasada. Al parecer —verás, nadie lo sabe—, nuestro mundo se mueve hacia atrás. O hacia delante. O quizá hacia un lado, de un modo que aún no alcanzamos a ver. Estoy segura de que nadie podrá dar un nombre a lo que está sucediendo, pero no soy capaz de vislumbrar cómo va a poder solucionarse todo lo que nos rodea y nos habita. Lo que está sucediendo abarca lo indivisible, los cuantos de energía de los que hemos sido creados. Sea lo que sea lo que esté sucediendo de verdad, llegan hasta nosotros un sinfín de noticias de última hora sobre el modo en que se gestionará —pura especulación, en realidad, acerca de qué será lo siguiente—, razón por la que he decidido llevar un registro por escrito.

¡Tiempos históricos! Siempre ha habido cartas y diarios que se escribieron en épocas turbulentas y que se descubrieron posteriormente, y creo que yo puedo estar redactando uno de esos documentos. Y, aunque soy consciente de que todo este conocimiento léxico puede resultar vano, te quedará esta crónica.

¿Te he dicho ya que estoy embarazada de cuatro meses?

De ti.

### Una confesión:

Hace casi una década, y cuando llevaba ya dos meses de mi primer embarazo, aborté. Te cuento esto porque es importante que lo sepas todo. Tomé la decisión más o menos en el mismo instante en que me hice la prueba de embarazo: «no». Cerraría esa puerta. Al hacerlo, abrí una puerta diferente. Si no hubiera abortado entonces, no te tendría a ti ahora. Esta vez la prueba de embarazo me dictó un «sí».

Así pues, tengo veintiséis años, estoy embarazada y no tengo seguro médico. Esto supondrá un enorme disgusto para mis padres, que, de hecho, tienen más de lo que necesitan. Es también, sin lugar a dudas, una época azarosa en la historia de la Creación. A no ser que se responda pronto al torbellino de preguntas, nacerás en este estado desconocido. Pero, pase lo que pase, serás bienvenido y recibido con los brazos abiertos en una familia que abarca varias culturas. Primero están mis padres adoptivos, cuyo lírico nombre es de origen británico: Glen y Sera Songmaker. Lo cierto es que son personas maravillosas, no cabe la menor duda. Esto es algo incuestionable, y, aunque les haya dado más de un quebradero de cabeza, me han tratado bien la mayor parte del tiempo. Son personas indulgentes, budistas, concienciadas con el medioambiente. A pesar de la molesta fobia de Sera a los geles desinfectantes de manos y a los aditivos alimentarios, y de la relación extraconyugal que tuvo Glen años atrás con la dependienta de la tienda Retro Vinyl, que a punto estuvo de destrozarse la familia, son ahora un feliz matrimonio de veganos. Son las personas más entrañables que pueda uno imaginarse, salvo por... salvo por el hecho de que nunca comprendí cómo me adoptaron; me refiero a que la legalidad del asunto no deja de ser dudosa. Existe la llamada «ley para la protección de menores indios», que hace que sea prácticamente imposible que un niño indio sea adoptado por una familia no india. Esta ley debería e incluso debió de aplicarse en

mi caso. Siempre que la menciono, Glen y Sera tararean y apartan la mirada. Aunque yo chille, no me miran. A pesar de eso, son buenos padres y serán unos abuelos estupendos, y tendrás tías y tíos, y otro juego completo de abuelos biológicos: los Potts.

Como ya he comentado, renegué de mi familia biológica y rechacé su existencia durante un breve periodo, pero quizá lo entiendas si te explico cómo era recibida mi identidad étnica en el protegido enclave de mi familia adoptiva Songmaker. ¡Una niña india! ¡Una princesa india! Una ojibwe, chippewa, anishinaabe, da igual. Era una rareza, quizá en parte salvaje. Era la estrella de mi escuela de primaria en Waldorf. Sera siempre me peinaba con trenzas, aunque yo me corté una como siempre cuenta ella. Pero hasta con una sola trenza, incluso como supuesta india, la verdad es que siempre me sentí especial, como si perteneciera a la realeza, mencionada en un marco de veneración que se encargaba de estudiar la historia nativa o sus costumbres. Se citaban mis observaciones sobre pájaros, insectos, gusanos, nubes, gatos y perros. Se suponía que yo mantenía una línea directa con la naturaleza. Aquello continuó durante el instituto, pero decayó, definitivamente, en cuanto llegué a la universidad y comencé a salir con otros nativos. Entonces me convertí en alguien corriente. Fue incluso peor —no tenía ni clan ni cultura ni lengua ni parientes—. Para mayor confusión, no tenía ni lucha. En nuestras asambleas, escuchaba historias. De adicciones, suicidios. Como yo no tenía ninguna crisis en mi vida, aparte de lo de la dependienta de Retro Vinyl, me inventé una. Me corté las trenzas y después dejé de asistir a clase. Me sentí como un copo de nieve. Sin lo que me hacía singular, me derretí.

Hace un año, pensando quizá que mi falta de ambición por graduarme provenía de cierta nebulosa respecto a mis orígenes, pensando quizá vete a saber qué, Sera decidió entregarme una carta que había recibido de mi madre biológica. La honorable Sera no la había abierto. Yo sí. Leí la

carta dos veces y la guardé de nuevo en el sobre. Después, metí el sobre en una carpeta de papel de manila. Soy una persona muy organizada, así que decidí archivar la carta. ¿Bajo qué nombre? Necesitaba una etiqueta. Lo sopesé un buen rato. ¿«Familia biológica»? ¿«Potts»? ¿O «Grandísima decepción»? ¿O «Jódete»? En el fondo me había desazonado que contactara conmigo. Y había algo peor aún. Fue una verdadera conmoción darme cuenta de que en la reserva yo era todavía más corriente de lo que me había sentido en la universidad. Mi familia no tenía poderes especiales ni relaciones con espíritus sanadores o animales sagrados. Ni siquiera éramos pobres. Éramos burgueses. Éramos los dueños de una estación de servicio Superpumper. Me llamaba Mary Potts y era hija y nieta de otras Mary Potts, hermana mayor de otra Mary Potts; en resumen, tan solo otra más de muchas Mary Potts que se remontaban hasta los tiempos de la colonización en esta zona, muchas de las cuales trabajaban ahora en la franquicia de Superpumper, que era la primera parada antes del casino.

¿Qué debía hacer? Hasta esta confusión biológica, hasta mi embarazo, hasta esta enorme incertidumbre en que la vida misma se había convertido, yo había ocultado el hecho de que había abierto la carta siquiera. Dije a mis padres Songmaker, que me han criado, que los quería y que no había más que hablar. Les dije que no quería complicaciones; no quiero historias de abandono y reconciliación; no quiero ninguna reunión sensiblera ni lágrimas de cocodrilo. Pero la verdad es muy diferente. La verdad es que estoy cabreada. ¿Quiénes son los Potts para decidir, así de repente y sin venir a cuento, ser mis padres ahora, cuando no los necesito? Peor aún, ¿quiénes son ellos para hacer añicos la idea romántica e imaginaria de padres indios que me había inventado desde mi más tierna infancia, unos padres atractivos con largas trenzas a ambos lados de la cara, que habían muerto de algún modo difuso pero ciertamente en un adecuado rito espiritual indio, quizá tras un prolongado ayuno



letal, en una danza del sol que acabó en infarto o al tirarse de cabeza desde lo alto de un acantilado por amor o elevándose en el cielo transportados por pájaros de trueno? ¿Quiénes eran los Potts para seguir llevando sus vulgares vidas sin mí y trabajar en un Superpumper?

Yo no habría tenido la más mínima relación con todos ellos de no ser por el bebé. Cariño, ¡eres diferente! ¡Eres un ser nuevo! Las cosas pueden volver a comenzar contigo, y las cosas tienen que empezar de nuevo. Te mereces más. Te mereces dos pares de abuelos. Sin hablar de la información genética, que podría afectar a quien eres incluso más allá de lo que está sucediendo ahora. Podría haber enfermedades hereditarias. O talentos insospechados. No cuesta nada soñar, aunque parezca poco probable, dada la carta de mi madre biológica. Aun así, creo que necesitas entrar en la red de conexiones que yo nunca tuve.

Abracé el catolicismo el mismo año en que desarrollé mi crisis de identidad, primero como forma de rebeldía, pero también en un esfuerzo por establecer esas conexiones. Quería tener una familia extensa, una parroquia entera de amigos. No fue ninguna fase pasajera y he integrado tanto mi etnicidad como mis enseñanzas intelectuales en la fe, primero con el análisis de la canonización del Lirio de los mohawks, Catalina Tekakwitha, y, posteriormente, con la edición, redacción, ilustración, publicación y distribución de una revista de estudio católica llamada *Zea*<sup>[2]</sup>. Conseguí financiación para mi trabajo gracias a donativos privados, alguna que otra aportación de los ingresos del casino<sup>[3]</sup> y una pequeña contribución de mi parroquia. Tengo dinero suficiente como para mantener la revista hasta que salga de cuentas, el 25 de diciembre, lo que también significa que más o menos me quedan cuatro meses y medio para averiguar cómo darte una familia coherente además de una madre.

No es tiempo suficiente.

Tu padre podría ayudar, pero procuro mantener cierta distancia con él.

Razón de más para buscarte un abuelo adicional, incluso un par de tíos, algún primo —espero que funcione—.

—¿Cedar?

He estado escribiéndote ignorando el constante timbre del teléfono. Decido contestar esta vez porque creo que era tu padre quien llamaba antes y ahora ha renunciado a hacerlo y sería otra persona. Siempre he sabido cuándo tira la toalla.

—Mamá.

—Mira, lo que está sucediendo nos tiene muy alterados, cielo. ¿Por qué no vuelves a casa?

Como siempre, su voz suena tranquila y segura. El estrés la serena.

—Tengo que hacer una cosa antes.

Ha llegado el momento de que le hable de ti —debo hacerlo—, pero esas dos palabras «estoy embarazada» me tienen paralizada, así que le cuento otra cosa. Le saco el tema de la familia.

—¿Recuerdas aquella carta, mamá?, ¿la que me entregaste hace cosa de un año?, ¿la de mi madre biológica, ya sabes? Voy a conocerla.

Silencio.

—A la reserva —añado.

—¿Ahora? ¿Por qué?

Su consternación no se debe a celos ni a desaprobación. Al fin y al cabo, fue ella quien me entregó la carta y dejó a mi criterio la decisión. Incluso me apremió para que la abriera. Lo que de verdad le preocupa es el momento elegido: esa es Sera.

—Porque tengo que hacerlo.

—Por favor, ahora no.

Su voz tiene ese tono firme de «yo me hago cargo de esto» que solo le he oído unas pocas veces: cuando la llamé para pedirle que me viniera a buscar a una fiesta después de que un chico borracho intentara violarme pero en lugar de eso me vomitara encima; cuando le anuncié que me bautizaba y confirmaba como católica.

Sé que tiene razón y, sin embargo, nada de lo que hay allí fuera parece tan importante como lo que hay aquí dentro. Mientras me dirigía a casa en coche, observé que las calles estaban llenas del número habitual de vecinos de Minnesota, corrientes, decididos, sonrientes y sociables. Gente conversando en las paradas de autobús; gente cargada con bolsas de la compra y mochilas, caminando a paso razonable, que no parecían conmocionados ni asustados.

—Es solo que necesito ir; no puedo explicarlo. Volveré enseguida, mamá, no te preocupes. Sé que la situación puede desestabilizarse.

—Creo que ya lo está. Ya ha empezado. Espera, habla con tu padre.

Oigo frenéticos susurros, pasos sordos, mientras ella le cuenta mi plan.

—Escucha, iremos contigo. Hay algo... cariño, escucha...

Al oír a Glen llamarme «cariño» se me humedecen los ojos. Solía hacerlo cuando yo tenía un mal día en el colegio, me rompían el corazón o sacaba notables. Odiaba sacar notables. Me costaba distanciarme de Glen, pero tenía que intentarlo. Para mi alivio, fracasé por completo en mi intento de que se marchara o incluso de hacerle perder los estribos. Una vez dijo que yo le sacaba de quicio. Debía contentarme con aquello.

—Oh, papá, lo siento. No te preocupes. Estaré bien. Es solo que tengo que hacerlo, y será solo un día.

—Cedar, las cosas están tomando un giro muy preocupante, aunque me parece que la gente no se ha dado

cuenta todavía. Lo que estamos escuchando en las noticias y de lo que se está hablando, por muy imposible que suene, es...

—Será solo un día.

—Escucha las noticias. Hablan mucho de...

—¿De qué?

—El presidente está hablando de decretar el estado de excepción, y hay un debate en el Congreso acerca de encerrar a ciertos...

—Papá, tú siempre estás...

—Esta vez va en serio, por favor, vuelve a casa.

Sera se pone de nuevo al teléfono. Se ha recompuesto. Uno de sus mayores principios está en juego: su creencia en mi autonomía. Se ha enfrentado a sí misma fuera del teléfono y ha ganado.

—Bueno, no lo sabemos seguro. Podría tratarse de un nuevo tipo de virus. Quizá una bacteria. Del permafrost. Usa gel desinfectante para las manos, ¿de acuerdo? ¿Nos llamarás en cuanto llegues allí y también en cuanto vuelvas a casa?

—Claro.

—Y llena el depósito de gasolina.

—Estaré bien.

—Claro que sí.

Cuando cuelgo el teléfono, recuerdo cómo Glen y Sera a menudo se felicitaban por su clarividencia acerca de las burbujas tecnológicas e inmobiliarias, luego Irak, Oriente Medio, Afganistán, después Rusia, el creciente caos de nuestras elecciones, y nuestro primer invierno sin nevadas, entre otras cosas, así como el rigor con el que llevan un registro de todas las sandeces políticas, guerras y catástrofes naturales. Esto no lo previeron, por supuesto —nadie lo hizo—, pero se les da muy bien advertir los efectos colaterales de los acontecimientos. Sin duda, debería de estar más nerviosa de lo que estoy en realidad, pero rechazo todo sentido común y marco el 411 de información estatal para

conseguir el número de teléfono del Superpumper donde trabaja mi familia biológica. Después, incluso dejo que la dicharachera voz automática del servicio de información me comunique directamente, lo que, por supuesto, cuesta más caro.

—¿Boozhoo?

Dios, pienso. Hablan francés.

—*Bonjour* —digo.

—¿Diga?

—Hola.

—¿Quién es?

—Estoy... eh... buscando a Mary Potts.

—Pues no soy yo. ¿Quién habla?

—Pues verás, recibí una carta de Mary Potts Senior hará cosa de un año; se puso en contacto conmigo porque es mi madre biológica. ¿Eres...? Me refiero a que no sueñas como Mary Potts Senior, quizá seas...

—¿Qué coño dices?

—¡Oye!

—¡Mamáaaaaaaaa! ¡Hay una loca hija de puta al teléfono que dice que eres su madre y que le escribiste el año pasado!

Murmullos. Una voz («Dame eso»). El sonido seco y chisporroteante de cuando se te cae el teléfono. Una voz de hombre que pregunta: «¿Quién es, cielo?». Una voz de mujer: «¡Nadiel!». De nuevo la primera voz: «Largodeaquícoño». Un grito furioso que se va apagando y termina con un estruendo (¿un portazo?).

—¿Mary Potts Senior? —pregunto a la respiración cavernosa al otro lado del teléfono.

—Al habla. —Un susurro. Un carraspeo ronco—. Sí, soy yo. La que te escribió.

De repente me entran unas terribles ganas de llorar, me duele el pecho, no puedo respirar, me estoy derrumbando. Lo único que quizá pueda vencer lo que estoy sintiendo

ahora mismo es una rabia loca y simultánea que hierve dentro de mí y me hiela la voz.

—Por casualidad, ¿estarás ahí mañana?

—¿Ahí?

—En casa.

—No tengo nada que hacer.

—Entonces me pasaré por allí. Iré a verte. Necesito hablar contigo.

—Vale.

«¿Quién es, cielo?», pregunta una voz de hombre. «¡Nadie!», grita ella de nuevo.

Hago caso omiso al horrible hormigueo que siento en la garganta, la reacción ante la segunda vez que dice «nadie».

—¿Quién te llama «cielo»? —pregunto.

—Es mi nombre —responde Mary Potts Senior—. Todo el mundo me llama «Cielo».

—Ah.

Su voz suena tan humilde, tan susurrante, tan asombrada y tan asustada. Siento un arrebató de rabia asesina, pero solo se materializa en una gramática fría y extrañamente enrevesada.

—Pues estoy segura de que resulta de lo más apropiado, Cielo. No obstante, creo que te llamaré Mary Potts Senior sin más, si te parece bien.

—Pero no soy la mayor. Lo soy casi, pero aún no. La abuela todavía vive.

—Está bien, Mary Potts Casi Senior. Y ahora, ¿podría pedirte indicaciones para llegar a tu casa?

—Claro que puedes —responde Mary Potts, o Cielo, pero luego se calla.

—¿Y bien? —digo con voz gélida.

Cielo ahora se pasa de lista.

—Dijiste que si las podrías pedir. ¿Me las estás pidiendo?

Experimento una punzada de lo que ha de ser posiblemente un odio instantáneo, porque fue ella quien me escri-

bió, fue ella quien me pidió que me pusiera en contacto con ella, y fue ella quien me parió y luego me abandonó. Aun así, logro soportar sus mezquinas manipulaciones.

—Tú solo dímelo —respondo con voz serena y neutra—. Puedes darme la dirección. Utilizaré Siri o un GPS.

—No aparecemos en ningún GPS y Siri está muerta. ¿No lo sabías?

—¿Saber el qué?

—Ya lo averiguarás. ¿Desde dónde vienes? ¿De arriba o de abajo?

—Llegaré desde Minneapolis.

—Bueno, ya sabes, las autopistas hasta Skinaway y luego tuercas... a... la izquierda. Giras a la izquierda en el río.

Parece aliviada de haber podido pensar el recorrido al revés, de haber sido capaz de dar las indicaciones desde mi punto de vista. Incluso parece maravillarse ante tal proeza, un poco como si tal vez nunca hubiera dado indicaciones antes.

—¿Qué río?

—El grande.

—Ya, pero me refiero al nombre. Necesito el nombre.

—Es el único río grande con un puente. Después, a la derecha, hay un camino. Sin asfaltar. Gira a la izquierda.

—De acuerdo, giro a la izquierda por un camino sin asfaltar. ¿Ese camino no tiene nombre?

—Skinaway Road.

—Poco a poco vamos avanzando. ¿Y después?

—Vivimos al final.

—¿Cuál es el número de la casa?

Carraspea. Tengo la impresión de que está a punto de estallar. Percibo cierta desesperación al otro lado de la línea, el peligro de un ataque de histeria. Y se me antoja pensar que en las reservas, y eso que yo no sé nada sobre ellas, lo mismo la gente no da su dirección. Quizá allí todo el mundo sepa dónde está todo. Tal vez nadie se marche de allí y todo el mundo permanezca en ellas para siempre.